

# ECO

REVISTA DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

TOMO XLIX/5

Marzo 1982

Nº 245

<i>Elias Canetti</i> : El primer libro: Die Blendung ...	449
— <i>Catharine David</i> : El profeta Elías .....	462
— <i>Dagmar Barnouw</i> : La lengua salvada y el oficio del poeta .....	465
— <i>Peter Laemmle</i> : Poder e impotencia del testigo oidor .....	483
— <i>Karl Heinz Bohrer</i> : El estoico y nuestra alma prehistórica .....	495
— <i>Idris Parry</i> : Posturas frente al poder .....	501
— <i>Rudolf Hartung</i> : Instantes de felicidad en Marrakesch .....	509
— <i>Uwe Schweikert</i> : Elías Canetti y la tradición aforística .....	512
— <i>Dieter Dissinger</i> : Primer ensayo de una historia de la recepción de Elías Canetti .....	523
<i>Elias Canetti</i> : El engeguamiento de Sansón .....	539
<i>Elias Canetti</i> : Cuatro caracteres .....	545
<i>J. G. Cobo Borda</i> : Poemas .....	550
Anotaciones .....	559

ECO la Publican:

*Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fernando Charry Lara, Hasso Freiherr von Maltzahn, Carlos Patiño Roselli, Hernando Valencia Goelkel, Nicolás Suescún, Ernesto Volkening, † Aurelio Arturo, Pedro Gómez Valderrama, Jorge Eliécer Ruiz, Ramón Pérez Mantilla.*

REDACCIÓN: *J. G. Cobo Borda.*

licencia 0834 Mingobierno  
Para libros y revistas Admón. Postal Nº 56.  
Librería Buchholz - Avenida Jiménez de Quesada Nº 8-40  
Teléfono 241 58 96 — Bogotá, Colombia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
NUEVO LEÓN  
RECTORIA  
OCT. R 1982  
IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL A B C — BOGOTÁ



No 245 Marzo 1985 TOMO XLIX

449 Elías Canetti: El primer libro: Die Blendung ...  
 462 Catharine David: El primer libro: Die Blendung ...  
 Dagmar Baranow: La lengua salvada y el oficio del poeta ...  
 483 Peter Laemmle: Poder e impotencia del testigo oidor ...  
 Karl Heinz Bohrer: El estoico y nuestra alma prehistórica ...  
 495 Idris Parry: Posturas frente al poder ...  
 501 Rudolf Hartung: Instantes de felicidad en Maratón ...  
 509 Urs Schweikert: Elías Canetti y la tradición alemana ...  
 512 Dieter Disinger: Primer ensayo de una historia de la recepción de Elías Canetti ...  
 523 Elías Canetti: El encucillamiento de Sansón ...  
 539 Elías Canetti: Cuatro caracteres ...  
 545 J. G. Cobo Borda: Poemas ...  
 550 Anotaciones ...  
 559

ECO la Publican:

Karl Buchholz, Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Fernando Cherry Larra, Hanso Freichert von Malzahn, Carlos Patiño Roselli, Hernando Valencia Góchez, Nicolás Suárez, Ernesto Volkening, † Arturo Arturo, Pedro Gómez Valdeverga, Jorge Eliecer Ruiz, Ramón Pérez Montaña.

REDACCIÓN: J. G. Cobo Borda.

REGISTRO DE LA EDITORIAL A. H. C. - BOGOTÁ

RECTORIA

OCT. R. 1985

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Libros y revistas Admón. Postal No 56

Av. Jiménez de Quesada No 8-40

Teléfono 241 58 96 - Bogotá, Colombia

SUMARIO

CUSTODIO  
DE LA  
METAMORFOSIS

Homenaje a Elías Canetti  
en su 80.º aniversario

Mario Muchnik: *Editar a Elías Canetti*, 9  
 Johannes Edfelt: *Presentación de Elías Canetti*, 15  
 Herbert G. Göpfert: *Sobre la historia de la publicación de Auto de fe*, 26  
 Salman Rushdie: *Elías Canetti*, 35  
 Claudio Magris: *Canetti y la cacanía: Un escritor hecho de muchas personas*, 43  
 Iring Fetscher: *Elías Canetti como escritor satírico*, 60  
 Serge Moscovici: *Los cuerpos sociales*, 76  
 Luis Izquierdo: *Memoria y narración en Elías Canetti*, 96  
 Carlos de la Rica: *Elías Canetti, cañetero y conguense*, 119  
 John Bayley: *Canetti y el poder*, 131  
 Juan José del Solar B.: *Elías Canetti: El escritor y las palabras*, 151

© de los artículos traducidos, 1985 by Carl Hanser Verlag  
 © 1985 by Muchnik Editores,  
 General Mitre, 162, 08006 Barcelona

Cubierta: Jordi Salvany

ISBN: 84-85501-96-9  
 Depósito legal: B. 43.590 - 1985

Impreso en España - Printed in Spain



PT2605  
.A58  
Z5

140447  
FUNI

AUTOR

**CAPILLA ALFONSINA**  
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta  
antes de la última fecha abajo indi-  
cada.


Publicado en Establecimiento Editorial en 1982  
Declaración del libro: B 4 2600 - 1982

**LECCIONES ORALES**

A silvia y miguel

"eufemismo (del lat. *euphemismus*, y éste, del gr. *euphemismós*): m. Ret. Modo de decir para expresar esa suavidad, decoro e inofensa ideas cuya recta y franca expresión sería dura o malsonante".

Toda una tarde palpité la silenciosa repetición de esa palabra entre mis sienas. No sé cuántas veces me obligó a dejar cualquier otro pensamiento el tratar de definirla, o para no faltar a la verdad, el tratar de recordarla; porque era eso: solamente un módico olvido: nada total ni absoluto; un escudriñar entre los millones de sílabas que ya se han pronunciado, que se han estructurado en el arduo discurso de los cafés o las aulas; quizás, incluso, aquella palabra que se ha esgrimido como punto final de algún coloquio de juventud; rotunda, ganadora, enjuiciadora de rostros adolescentes que dudan preguntar. Después de que, no sin cierto auto-desprecio, consulté el diccionario que me ofendía sin querer desde su grave estructura del que todo lo sabe, me sorprende la sospecha de haber pasado a ños incurriendo inconscientemente en esa peculiar forma de mentir diciendo la verdad o de ser veraz mintiendo. Temo que toda idea o explicación del mundo ha pasado por las manos sutiles de algún experimentado eufemista. No obstante, este hecho no impide que tenga en la cabeza algunos pensamientos tan apartados, tan secretos que difícilmente se dejarían pulir por mí o por cualquier otro.

En 1525, el Inca Huyana Cápac recién había muerto con la grave solemnidad con que espiran sólo los grandes reyes: sentado sobre el dorado trono del Sol, de Inti. A nadie extrañó, por lo demás, el hecho de que tres días pasara el Inca sufriendo aquella incómoda posición en un sueño putrefacto que, abundante de imperiales pestilencias, aderezó los cristalinos aires de la región.

Los magníficos funerales no tuvieron igual en la historia de Tuantinsuyu, las de los cuatro caminos —que así llamó a estas tierras Manco Cápac, el primer Inca. Se quemaron toneladas de hojas de copal cuya fragancia acompañaría al Hijo del Sol, protegiéndolo con venturosos augurios; se encendieron múltiples lamparillas de aceite en las que los sacerdotes leían el destino del sucesor, y se predijo que el Inca fallecido volvería a reinar en aquél; los allegados a la familia real, tomaron el cuerpo inciensado y lo embalsamaron con tal fortuna que, diríase milagro,

quedó el Inca tan arrugado y viejo como tres días antes cuando se echara a dormir. Todo esto se vio, tocó y creyó al tiempo que el rígido cuerpo del anciano se paseaba por entre las calzadas del Cuzco.

Por otra parte, la singular costumbre que practicaban los Descendientes del Sol de procrear primogénito y sucesor en los consanguíneos vientres de sus propias hermanas, le había regalado al Inca Huyana Cápac dos robustos varones entre los que dividió el poder. Es de ensalzar el hecho de que con tal caos de genes idénticos yendo y viniendo por aquellas latitudes a lo largo de ochocientos años, apenas pudieran articular palabra los mencionados robustos varones; pero en fin, así dispuso que se hiciera Huyana Cápac, y así obedecieron sus gobernados.

Huáscar, el hijo mayor, se inclinó desde el destete —que ocurría muy temprano, y razón por la cual se murmuraba que los Incas usaban unos discos harto curiosos en los labios al abandonar la adolescencia— por la poesía y el pensamiento profundo (?). Fiel estudiante de los designios del Sol, de genio callado y equitativo, hablaba Huáscar sin incurrir en ligerezas, y qué decir de su conducta intachable dentro y fuera de las recámaras de las concubinas y de ésa su manera para juzgar las faltas con inigual suavidad.

En cambio, Atahualpa poseía la tradicional sed de conquista que distingue a los reales varones. Sobre, por o contra las vidas de los súbditos, era célebre por no dejar que escapase oportunidad alguna de blandir la rodela y ajustarse el penacho de general. Impulsivo (al revés de su padre, que predicaba la paciencia), no meditaba las consecuencias de sus actos, y cuando lo hacía los resultados parecían multiplicarse fuera de toda meditación.

Como puede echarse de ver, el gran Huyana Cápac, Inca del Perú, se encontró en la difícil coyuntura de elegir a cuál de los dos carismáticos príncipes heredaría el trono del refulgente Sol, y luego de extenuantes averiguaciones en el ágora de la capital se decidió por Huáscar, aprestado de que el vulgo prefería un soberano que leyerá versos desde la recámara y no uno que los expusiera día con día a largar la vida que en tanto valor estimaban. Y así, arreglado ya que los desagradables efluvios que emanaban de las reales menudencias se mitigaran, fue conducido el cadáver hacia el templo del Sol para que hiciera compañía a sus ancestros. Como era costumbre, el pueblo se descalzó como medida de respeto a su memoria, y los desventurados hombres que fueran la servidumbre del Rey se sacrificaron muy a su pesar uno a uno, ante la gozosa fruición de los sacerdotes que no descansaron el pedernal por

**Fruta verde**

Publicación del Taller de Creación Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras / UANL





varias jornadas. Asimismo se aprestó la flamante servidumbre —aunque un año largo faltaba para ello— a preparar las fiestas de coronación del nuevo Inca.

Ahora bien, decepcionado de la vida, Atahualpa se retiró a contemplar los cóndores. No era para menos. Por siglos se había dado el mandato supremo a los Incas que demostraran su valentía en la batalla o en las duras conquistas, se ganaba a ley la sucesión aquel osado varón que despenachaba sin tregua ni remordimiento el mayor número de adversarios aunque no fuese el primogénito. A Huáscar correspondían ahora la batalla y el desosiego como virtual emperador, y al sin par Atahualpa la poesía y el descanso, en razón de que, Huyana Cápac —quien tomó con reserva lo de que hallaría mejores tierras en la otra vida— legó a su hijo menor un pedacito de tierra que abarcaba dos valles, una llanura y alguna cumbre de los Andes para que conformara su fastidio y rencor.

En esta situación —Huáscar soñando tocar los cascabeles para acompañar algún soneto mientras dictaba sentencias y leyes, y Atahualpa tirando los hígados al tiempo que aprendía un cúmulo de maldiciones sin estrenar— llegó el día de ofrendar los repletos incensarios a Inti, de atraer el beneficio del Sol con la húmeda sangre de los corderos de once días, de ofrendar los pétalos de la flor Yuxti para que Huáscar tuviera un reinado largo y pacífico. El Inca Huáscar lució sus más ricos atuendos y deslumbró al pueblo que lo adoraba ya como su Dios tutelar, no así Atahualpa quien, guardando todo su coraje, asistió a la ceremonia, aunque armado de filoso puñal: jugaba con el metálico influjo del arma, con su perfecta simetría; sentía su frío cuerpo imaginándolo al traspasar la usurpadora garganta de su hermano.

Con la simpática costumbre —como se dijo en su lugar— de ser a la vez padres y tíos de sus hijos, casó el Inca Huáscar con su hermana Talara, la de Alado Cabello, descendiente de Huyana Cápac, y éste descendiente del mismísimo Sol.

Luego del enlace, la pareja imperial descansó (?) completo el mes de las estrellas en la fortaleza de Ollantaytampu, preciso marco que habla de placeres divinos. Incorporado en lo más profundo de la selva, brotaba el manantial nombrado Totly, de claras aguas pero funestos recuerdos: madres parturientas o críos indefensos ofrendados a la veleidosa corriente por bárbaras tribus, que castigaban así la ligereza sexual de sus mujeres: sacerdotisas condenadas a castidad que rompían el voto; concubinas lujuriosas que servían a varios dueños; ramera y alguna que otra

virgen por lamentable equivocación. Poco después de la real boda, sería el manantial rebautizado con el nombre de "El baño de la Princesa" en honor de los famosos chapuzones que la reina se daba para júbilo y contento de incas, mayas y quechuas —los cuales, hay que decirlo, no pocos peligros salvaban para agarrar lugar a prudente distancia del inusitado espectáculo.

Al conocer la morada en que su hermano pasaría un mes de total esparcimiento, Atahualpa maquiló en su abyecto cerebro la venganza. No deseaba una venganza física (demasiado suave y pasajera, por tanto inútil), quería herirlo interiormente con dolor perenne e imborrable; abrirle el corazón sin que manara una gota de sangre, quitárselo de súbito y dejarlo sin sentimientos. Por lo anterior, el cruel rufián comprendió que el único modo de castigar a Huáscar era privándolo de Talara. El oscuro designio escogió una fecha. Atahualpa se introdujo al bosque de la fortaleza, y siguió a Talara cuando se dirigía a tomar su baño matutino. Cuando la princesa desnudó su cuerpo, el miserable flaqueó y los mirones agacharon las cabezas maldiciendo la intromisión. Su intención por cegar la vida de una criatura tan perfecta ya no era tan imperioso. Tenía la piel de aurora, senos infinitos (?), el cuerpo amasado con corteza de Huiracochoa, el rostro deslumbraba cual estrella Norte; y la siguió, la siguió sin pensar ya en su muerte, al mismo tiempo que él también se desnudaba —con la cual acción los observadores, desilusionados, regresaron con suma agitación y escándalo a sus lugares de origen—. Ahora, cuando las palabras sobraban y el amor se reflejaba sobre el rostro desenchajado de Atahualpa, ambos desearon —desde antes del beso promiscuo que los uniría— la muerte de otra persona.

La princesa Talara, descendiente de Huyana Cápac y éste a su vez descendiente del Sol, vivió ciento trece años; procreó dos robustos varones —a los que, según las habladurías, no se tuvo que aplastar la cabeza ni rasgar los ojos, por ya venir preparados desde su alumbramiento—, el mayor Huáscar, el menor Atahualpa. El padre de ellos (¿Huáscar o Atahualpa?, dejó tal encrucijada) que no deseaba tener preocupaciones, dejó un soneto a modo de testamento denominando desde aquel momento el nombre de su heredero. Por lo demás, dilató este Inca sus restantes años de vida en gurrrear y hacer carnicerías.

No yo, sino ustedes, dirán si este eufemismo ha sido estéril o feliz.

**héctor alvarado díaz**





varias jornadas. Asimismo se aprestó la flamante servidumbre —aunque un año largo faltaba para ello— a preparar las fiestas de coronación del nuevo Inca.

Ahora bien, decepcionado de la vida, Atahualpa se retiró a contemplar los cóndores. No era para menos. Por siglos se había dado el mandato supremo a los Incas que demostraran su valentía en la batalla o en las duras conquistas, se ganaba a ley la sucesión aquel osado varón que despenachaba sin tregua ni remordimiento el mayor número de adversarios aunque no fuese el primogénito. A Huáscar correspondían ahora la batalla y el desosiego como virtual emperador, y al sin par Atahualpa la poesía y el descanso, en razón de que, Huyana Cápac —quien tomó con reserva lo de que hallaría mejores tierras en la otra vida— legó a su hijo menor un pedacito de tierra que abarcaba dos valles, una llanura y alguna cumbre de los Andes para que conformara su fastidio y rencor.

En esta situación —Huáscar soñando tocar los cascabeles para acompañar algún soneto mientras dictaba sentencias y leyes, y Atahualpa tirando los hígados al tiempo que aprendía un cúmulo de maldiciones sin estrenar— llegó el día de ofrendar los repletos incensarios a Inti, de atraer el beneficio del Sol con la húmeda sangre de los corderos de once días, de ofrendar los pétalos de la flor Yuxti para que Huáscar tuviera un reinado largo y pacífico. El Inca Huáscar lució sus más ricos atuendos y deslumbró al pueblo que lo adoraba ya como su Dios tutelar, no así Atahualpa quien, guardando todo su coraje, asistió a la ceremonia, aunque armado de filoso puñal: jugaba con el metálico influjo del arma, con su perfecta simetría; sentía su frío cuerpo imaginándolo al traspasar la usurpadora garganta de su hermano.

Con la simpática costumbre —como se dijo en su lugar— de ser a la vez padres y tíos de sus hijos, casó el Inca Huáscar con su hermana Talara, la de Alado Cabello, descendiente de Huyana Cápac, y éste descendiente del mismísimo Sol.

Luego del enlace, la pareja imperial descansó (?) completo el mes de las estrellas en la fortaleza de Ollantaytambo, preciso marco que habla de placeres divinos. Incorporado en lo más profundo de la selva, brotaba el manantial nombrado Totly, de claras aguas pero funestos recuerdos: madres parturientas o críos indefensos ofrendados a la veleidosa corriente por bárbaras tribus, que castigaban así la ligereza sexual de sus mujeres: sacerdotisas condenadas a castidad que rompían el voto; concubinas lujuriosas que servían a varios dueños; rameras y alguna que otra

virgen por lamentable equivocación. Poco después de la real boda, sería el manantial rebautizado con el nombre de "El baño de la Princesa" en honor de los famosos chapuzones que la reina se daba para júbilo y contento de incas, mayas y quechúas —los cuales, hay que decirlo, no pocos peligros salvaban para agarrar lugar a prudente distancia del inusitado espectáculo.

Al conocer la morada en que su hermano pasaría un mes de total esparcimiento, Atahualpa maquiló en su abyecto cerebro la venganza. No deseaba una venganza física (demasiado suave y pasajera, por tanto inútil), quería herirlo interiormente con dolor perenne e imborrable; abrirle el corazón sin que manara una gota de sangre, quitárselo de súbito y dejarlo sin sentimientos. Por lo anterior, el cruel rufián comprendió que el único modo de castigar a Huáscar era privándolo de Talara. El oscuro designio escogió una fecha. Atahualpa se introdujo al bosque de la fortaleza, y siguió a Talara cuando se dirigía a tomar su baño matutino. Cuando la princesa desnudó su cuerpo, el miserable flaqueó y los mirones agacharon las cabezas maldiciendo la intromisión. Su intención por cegar la vida de una criatura tan perfecta ya no era tan imperioso. Tenía la piel de aurora, senos infinitos (?), el cuerpo amasado con corteza de Huiracocha, el rostro deslumbraba cual estrella Norte; y la siguió, la siguió sin pensar ya en su muerte, al mismo tiempo que él también se desnudaba —con la cual acción los observadores, desilusionados, regresaron con suma agitación y escándalo a sus lugares de origen—. Ahora, cuando las palabras sobraban y el amor se reflejaba sobre el rostro desencajado de Atahualpa, ambos desearon —desde antes del beso promiscuo que los uniría— la muerte de otra persona.

La princesa Talara, descendiente de Huyana Cápac y éste a su vez descendiente del Sol, vivió ciento trece años; procreó dos robustos varones —a los que, según las habladurías, no se tuvo que aplastar la cabeza ni rasgar los ojos, por ya venir preparados desde su alumbramiento—, el mayor Huáscar, el menor Atahualpa. El padre de ellos (¿Huáscar o Atahualpa?, dejó tal encrucijada) que no deseaba tener preocupaciones, dejó un soneto a modo de testamento denominando desde aquel momento el nombre de su heredero. Por lo demás, dilató este Inca sus restantes años de vida en guerrear y hacer carnicerías.

No yo, sino ustedes, dirán si este eufemismo ha sido estéril o feliz.

**héctor alvarado díaz**

